

20261004. Ciclo A. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario. Cultivando la viña del Señor.

Por curiosidad, ¿cuántos de ustedes están familiarizados con la agricultura, ya sea con la cría de animales o de cultivos? Hago esta pregunta para evaluar hasta qué punto nos identificamos con las historias que escuchamos hoy en las Escrituras. Personalmente, me atrae este tipo de historias porque mi padre era agricultor y, de niño, adolescente e incluso adulto, pasé tiempo trabajando en el rancho. Apenas la semana pasada mis hermanos y yo sembramos unas dos hectáreas de caña de azúcar. Así que todas estas historias sobre preparar la tierra, sembrar, cuidar los cultivos y esperar una buena cosecha no solo me resultan muy familiares, sino que también las tomo muy personalmente.

Voy a ir directo al grano: Dios ha plantado cada vida como una viña que nos ha sido confiada; estamos llamados a producir frutos espirituales (amor, misericordia, servicio) viviendo en oración, gratitud y una administración fiel, en lugar de afanarnos por las posesiones. Así pues, comencemos con tres preguntas para reflexionar:

1. ¿Qué tipo de viñedo te ha confiado Dios y qué fruto está produciendo tu vida actualmente?
2. ¿Qué ansiedades te impiden confiar en Dios y dar fruto espiritual?
3. ¿Cómo puedes responder con misericordia y responsabilidad cuando te sientes tentado a poseer en lugar de servir?

Las lecturas de hoy nos invitan a ver nuestra vida como una viña que Dios nos ha confiado. En la primera lectura del libro del profeta Isaías, Dios prepara con amor su viña, quita las piedras, planta las mejores vides y le da todo lo necesario para que florezca. Sin embargo, produce uvas silvestres. El mensaje es a la vez desafiante y hermoso: Dios ha invertido tanto en nosotros porque cree que nuestras vidas pueden dar buen fruto. No somos producto del azar; Dios nos ha plantado con esmero.

Cada don, cada oportunidad, cada relación, cada lucha y cada bendición forman parte de la viña que Él nos ha confiado. A veces, al mirarnos a nosotros mismos, solo vemos debilidades. A veces vemos fracasos, sueños y deseos inconclusos. Pero Dios ve lo que aún podemos llegar a ser. No subestimes lo que Dios puede producir a través de una vida entregada a Él.

Por eso, en la segunda lectura, San Pablo nos da la clave para cultivar esta viña. Esto es lo que dice: no se preocupen por nada. En cambio, presenten todo a Dios en oración y denle gracias. Esto no significa que nunca tendremos problemas, decepciones, incertidumbre o dolor. No. Significa que no tenemos que cargarlos solos. Así que, dejen de preocuparse, empiecen a orar y sean agradecidos, porque la oración transforma la carga que llevamos en confianza.

En el Evangelio de hoy, Jesús narra la parábola de los labradores que recibieron una hermosa viña, pero se negaron a entregar la cosecha al dueño. Los labradores se apegaron tanto a lo que se les había confiado que terminaron actuando como si la viña les perteneciera.

Esta es una historia muy triste. Es un poderoso recordatorio de que todo lo que tenemos es, en última instancia, un regalo antes que una posesión. Somos simplemente administradores. Nuestros talentos, posiciones, posesiones, relaciones, hogares, ministerios, carreras, recursos e incluso nuestras propias vidas son dones que se nos han confiado con un propósito.

Dios no nos pide simplemente que poseamos bendiciones. Nos pide que demos fruto a través de ellas: fruto de amor, bondad, perdón, generosidad, fidelidad, compasión y servicio. A menudo nos preocupamos por las posesiones, pero la verdadera tragedia no es tener poco, sino recibir mucho y permitir que no dé fruto. Nuestra pregunta no es: "¿Cuánto recibí?", sino "¿Qué hermoso fruto estoy produciendo con lo que Dios me ha confiado?".

Hay otro mensaje importante: Dios no ha abandonado la viña. Incluso en épocas de sequía, de errores, de fracasos y decepciones, o en momentos en que no hemos dado el fruto esperado, la invitación de Dios permanece.

Lo que parece un final puede convertirse en el comienzo de algo más grande en las manos de Dios. El Evangelio de hoy nos invita a seguir cultivando nuestros corazones. Sigamos orando, sigamos creyendo, sigamos perdonando, sigamos sirviendo, sigamos amando, sigamos dando gracias. No debemos permitir que los fracasos de ayer determinen el fruto de mañana. Dios aún puede sacar algo extraordinario de nuestra vida más sencilla.

Tu historia no ha terminado. Recuérdalo. Tu viña no está abandonada. Sigue dándole tu sí a Dios, porque cuando Dios es el jardinero de tu vida, incluso los lugares heridos pueden florecer. Las épocas de cosecha pueden volverse fructíferas. Y lo que parece imposible puede convertirse en un hermoso testimonio de su gracia.

La liturgia de la palabra de hoy nos deja con tres verdades:

- En primer lugar, no somos producto del azar; nuestras vidas han sido cuidadosamente planificadas por Dios.
- En segundo lugar, somos administradores, no dueños; todo lo que tenemos está destinado a fomentar la justicia y la misericordia.
- Y, por último, Dios nunca abandona su viña; continuamente nos envía correcciones de rumbo porque es paciente con nuestros fracasos.

Como nos enseña San Pablo esta semana, dejen de preocuparse. Conviertan sus ansiedades en oración, cultiven su viña con gratitud y observen las cosas extraordinarias que Dios puede hacer florecer a partir de su vida cotidiana.

Isaías 5:1-7

Salmo 80:9, 12, 13-14, 15-16, 19-20

Filipenses 4:6-9

Mateo 21:33-43